

y reconocería todas las adquisiciones por ella realizadas (1).

Provisto de estas instrucciones, el Sr. Benedetti, en una entrevista con Bismarck, expuso el plan y lo discutó. Francia, al fin y al cabo, era la que presentaba la combinación; pero la presentaba después de tantas y tan apremiantes sugerencias de Prusia, que sobre ésta debe recaer la principal responsabilidad. El presidente del consejo, más firme que nunca en su resolución de no abandonar ningún territorio alemán, rehusó la cesión de Landau, de Sarrebruck y de Sarrelouis, es decir, de las ciudades que habían quedado en nuestro poder en 1814; y en vez de un doble tratado, tratado ostensible en lo relativo al Luxemburgo y tratado secreto en lo referente á Bélgica, juzgó conveniente la redacción de un solo documento que sería confidencial. El embajador anotó en la minuta que tenía en la mano las correcciones que el primer ministro prusiano le dictaba; y habiendo Bismarck expresado el deseo de que se le comunicara una copia exacta del texto para someterlo al criterio del rey, el Sr. Benedetti, sin oponer la menor objeción, pues ya hemos visto cuán cortés y confiada era la diplomacia francesa, cogió la pluma y puso en limpio el proyecto enmendado y raspado, que estaba concebido en los siguientes términos:

ARTÍCULO PRIMERO.—S. M. el emperador de los franceses admite y reconoce las adquisiciones que ha realizado Prusia á consecuencia de la última guerra que ha sostenido contra el Austria y sus aliados...

ART. 2.º—S. M. el rey de Prusia promete facilitar á Francia la adquisición del Luxemburgo...

ART. 3.º—S. M. el emperador de los franceses no se opondrá á una unión federal de la Confederación del Norte con los Estados del Mediodía de Alemania, á excepción de Austria, la cual unión podrá basarse en un parlamento común, si bien respetando, en una justa medida, la soberanía de dichos Estados.

ART. 4.º—Por su parte, S. M. el rey de Prusia, en el caso de que las circunstancias obligaran á S. M. el emperador de los franceses á introducir sus tropas en Bélgica ó á conquistarla, concederá el concurso de sus armas á Francia y la apoyará con todas sus fuerzas de tierra y de mar contra cualquiera potencia que en esta eventualidad le declarase la guerra.

ART. 5.º—Para asegurar la ejecución completa de las disposiciones precedentes, S. M. el rey de Prusia y Su Majestad el emperador de los franceses contratan una alianza ofensiva y defensiva (2)...

Así se redactó, en una especie de colaboración puramente oficiosa y amistosa, el proyecto que sólo era un esbozo, pero que por la adhesión de ambos gobiernos podría convertirse en un tratado definitivo. Cuando el Sr. Benedetti hubo dejado la pluma, Bismarck dobló el documento y lo apretó entre sus manos como suele hacerse con algún objeto que puede ser de utilidad.

(1) *Papiers de Cercey*. Sabido es que el Sr. Rouher había trasladado en 1870 á su finca de Cercey un cierto número de papeles de Estado creyendo que de este modo estarían seguros; pero estos documentos fueron cogidos por los prusianos y transportados á Berlín. Algunos de ellos fueron publicados por el gobierno prusiano en el *Reichsanzeiger* de 20 de octubre de 1871.

(2) Véase el facsímil en los *Archives diplomatiques*, 1871-1872, tomo III, págs. 280-281.

Por segunda vez se había *hecho con algo escrito*, siguiendo la recomendación de Federico el Grande.

Mientras se llevaban á cabo estas negociaciones, el primer ministro prusiano acababa de consolidar su fortuna. El 17 de agosto habíase presentado á las Cámaras el proyecto que consagraba la anexión del Hannover, del Hesse electoral, del ducado de Nassau y de la ciudad de Francfort, frutos de la victoria que el rey reclamó con modesta concisión. Pocos días después, al recibir á los delegados del Hannover, les declaró que sólo *con pena, con mucha pena* se resignaba al papel de conquistador; pero añadió que la Providencia lo había querido así y que todo lo que era provechoso para Prusia lo era también para la gran patria germánica. En cuanto á la Alemania del Norte, todo se preparaba ya para someter á una servidumbre uniforme á los Estados que conservarían las apariencias de la soberanía.

El 23 de agosto los preliminares de Nikolsburgo se convirtieron en tratado definitivo, que fué el tratado de Praga, por el cual desapareció el último temor de que Austria, ora fuese por medio de un congreso, ora por virtud de la ayuda de Francia, pudiese escapar á su enemigo victorioso. Al mismo tiempo firmóse la paz con los Estados del Sur en condiciones á la vez benignas y abrumantes. Veamos en qué se manifestó la magnanimidad prusiana: los tratados firmados el 17 con Baden, el 22 con el gobierno bávaro y algo después con el Hesse-Darmstadt, sólo imponían á los vencidos una contribución de guerra; únicamente el Hesse-Darmstadt y Baviera hubieron de consentir el primero en un cambio de territorios y la segunda en el abandono de tres pequeños distritos. Después de una derrota tan completa y dado el aislamiento en que el Austria dejaba á sus aliados, aquella conducta pareció generosidad inesperada; pero esto no era más que una apariencia, pues, por medio de un documento clandestino, Prusia había preparado ya el vasallaje de aquellos á quienes la diplomacia oficial declaraba independientes, habiendo sido Francia, según hemos visto, su cómplice inconsciente en su obra de absorción. Divulgando en Munich los proyectos del emperador de extenderse hasta Maguncia, pudo Bismarck convencer á Baviera de que sin razón confiaba en el monarca francés y de que no tenía más libertad que la de elegir dueño; entonces y sólo entonces los bávaros, bien á pesar suyo y después de haber buscado en vano algunas probabilidades de mejor suerte, se inclinaron al rey Guillermo, que á lo menos representaba á sus ojos una protección segura y era alemán como ellos. Las cortes de Carlsruhe y de Stuttgart habían dado ya el ejemplo de la sumisión. Los tratados secretos firmados el 13 de agosto con Wurtemberg, el 17 con Baden y el 22 con Baviera, establecían una alianza ofensiva y defensiva con Prusia y ponían, en caso de guerra, bajo su mando superior á todas las fuerzas aliadas. Tal fué la temible contraescritura que, con menosprecio de todas las declaraciones públicas, extendió la dominación prusiana más allá del Mein. Y ¡cosa singular! el último de aquellos tratados se firmó veinticuatro horas antes que el de Praga, cuyo artículo 4.º proclamaba la independencia del Sur, lo cual permitió al gobierno de Viena decir más adelante que el tratado había sido violado aun antes de ser suscrito.

El mismo día que coronó la grandeza de Prusia se-

ñaló el fin de la *política dilatoria* que esta potencia venía siguiendo respecto de Francia. La evolución fué brusca y capaz de descorazonar á quien quiera que tratase de realizar algunas gestiones ulteriores. A fines de agosto, el Sr. Benedetti, que volvió á ver á Bismarck, encontróle singularmente reservado y sobre todo singularmente receloso: el primer ministro prusiano dudaba de que el proyecto belga, poco tiempo antes discutido, fuese oportuno, y luego, sin preocuparse de si ofendía ó no á aquellos á quienes ya no temía, preguntábase si el emperador Napoleón se valdría de tal negociación para crear desconfianzas entre Prusia é Inglaterra. El embajador francés, demasiado inteligente para no hacerse cargo del cambio, escribía en 29 de agosto, tan inquieto como frío se mostraba Bismarck: «¿Qué grado de confianza podemos otorgar por nuestra parte á interlocutores accesibles á semejantes cálculos!» Y en lenguaje cada vez más desengañado, añadía, después de recordar la misión del general de Manteuffel á San Petersburgo: «Si se niegan á escucharnos, es porque han conseguido en otra parte seguridades que dispensan de contar con nosotros. Prusia, como Bismarck asegura haberse lo dicho al rey, necesita la alianza de una gran potencia; si se elude la de Francia, es señal de que cuentan ó están á punto de contar con otra (1).»

En el entretanto, el embajador había obtenido autorización para ir á Carlsbad, y allí estuvo quince días, dispuesto á interrumpir su veraneo en cuanto recibiera un mensaje del presidente del consejo; mas esperó en vano. En cambio, el Sr. Lefebvre de Behaine, que se había quedado en Berlín como encargado de negocios, hubo de sufrir las brusquedades del primer ministro que de pronto se había convertido en altanero, de conciliador en quimerista. Un día (era el 10 de septiembre), á propósito de un incidente de mínima importancia, se desató en duros reproches contra la política francesa: «Francia, dijo, pretendía intervenir en la constitución de la Confederación del Norte, obligando á Prusia á moderar sus pretensiones sobre Baviera y el Hesse-Darmstadt é inmiscuyéndose de mil maneras en los asuntos de Sajonia, contra la letra y el espíritu de los preliminares de paz.» El Sr. Lefebvre de Behaine escuchó al pronto aquel lenguaje con asombro lleno de estupor, mas repuesto muy pronto de su turbación, comprendió que el hombre que de tal modo hablaba no necesitaba ya para nada nuestra amistad.

En los días que siguieron á aquella entrevista, el principal cuidado del presidente del consejo fué eludir toda explicación: «El Sr. de Bismarck ha recaído en sus neuralgias; está obligado á guardar cama y no recibe á nadie;» así escribía la *Gaceta de la Alemania del Norte*. Y cuando el Sr. Benedetti volvió á Berlín, Bismarck, que, según decían, continuaba delicado, acababa de partir por una larga temporada. A su regreso, reanudáronse las relaciones, si no íntimas como en otro tiempo, por lo menos muy correctas; pero ¿podían reanudarse las interrumpidas negociaciones relativas á Bélgica? ¿No se había por ventura olvidado el mismo Napoleón de sus fugaces ambiciones? Desgraciadamente es más fácil desechar un mal pensamiento que hacer desaparecer las huellas del mismo; y Bismarck tenía en su poder

(1) *Papiers de Cercey*.

una prenda que imprudentemente se le había entregado y que ya no sería posible recuperar. Aquel documento, hecho público con intención pífida, y exagerado además por los comentarios de Europa, había de convertir un día en propósito profundamente meditado lo que, en la política francesa, no fué sin duda más que una pasajera desviación.

VIII

Prusia triunfaba de un extremo á otro de Alemania, y el mundo, que creía agotados todos los temas de sorpresa, todavía había de encontrar nuevos motivos de asombro: en efecto, por aquel tiempo supo que también Francia tenía numerosas razones para regocijarse.

En 12 de agosto, el Sr. Drouyn de Lhuys había cesado de hecho de dirigir el ministerio de Negocios extranjeros, y en 1.º de septiembre había sido reemplazado por el Sr. de Moustier, embajador cerca de la Puerta; mas como éste se hallaba aún en Constantinopla, el desempeño interino de aquella cartera fué confiado al Sr. de La Valette, ministro del Interior, que fué quien se encargó de exponernos la demostración de todas nuestras venturas.

Grandes debían ser éstas á juzgar por la extensión de la circular que las enumeraba; la cual circular, especie de síntesis de los sucesos recientes, fué dirigida con fecha 16 de septiembre á los agentes diplomáticos del imperio francés, y pretendía elevarse muy por encima de las preocupaciones de otra época, en lo que tenía razón, ya que ninguna otra época habría descubierto lo que en ella se inventaba.

Comenzaba el despacho con la confesión de las emociones públicas: «La opinión, decía, flota incierta entre la alegría de ver destruidos los tratados de 1815 y el temor de que el poder de Prusia adquiera proporciones excesivas; entre el deseo de la paz y la esperanza de obtener por medio de la guerra un aumento de territorio. Aplauda la emancipación completa de Italia, pero quiere estar tranquila respecto de los peligros que podrían amenazar al Padre Santo.»

A esta breve confesión seguía, como en un discurso, la división de las materias que se proponía tratar: «Francia, decía el publicista oficial, no puede tener una política equívoca... Para disipar las incertidumbres y fijar las convicciones, es preciso considerar en su conjunto el pasado tal como era y el porvenir tal como se presenta.»

Hacíase luego una descripción del pasado, pero tan recargada de colores sombríos que era cosa de preguntarse qué providencia compasiva nos había conservado la existencia hasta entonces.

Las quejas sobre las desgracias de Italia, la exigüidad de Prusia y las preocupaciones italianas del Austria servían de transición para describir el estado presente, y en las observaciones que á seguida se hacían se pintaba la situación de la Europa del porvenir. Al llegar á este punto, el redactor de la circular complacía en descubrir una á una todas nuestras ventajas: «La coalición de las tres potencias del Norte está rota, y el principio nuevo que en Europa rige es la libertad de las alianzas. Todas las grandes potencias recobran la plenitud de su independencia, el desenvolvimiento

regular de sus destinos. En el Mediodía, pónese á Italia en posesión de todos sus elementos de grandeza nacional y, á pesar de las susceptibilidades irreflexivas ó de las injusticias pasajeras, sus principios, sus intereses, sus ideas la aproximan á la nación que por ella ha derramado su sangre.» Hasta la misma grandeza prusiana era prenda de seguridad y sólo los espíritus tímidos, malhumorados ó rutinarios podían sentirse por ella ofuscados, pues á los demás no les preocuparía en modo alguno. Para halagar á los patriotas exaltados y tranquilizar á las gentes cándidas, se inventaba un argumento ingenioso, á saber, que Alemania, al unificarse, no hacía más que imitar á Francia: Francia, «orgullosa de su nacionalidad indestructible,» ¿podía estar celosa de los que seguían sus huellas?

El espectáculo, consolador en su conjunto, no lo era menos en sus detalles: todo el mundo, incluso el Papa, tenían motivos para tranquilizarse. Una cosa sobre todo, encantaba al ministro, y era ver surgir en el Báltico como en el Mediterráneo marinas á las cuales denominaba con atrevida benevolencia «marinas secundarias;» y añadía en tono cada vez más satisfecho, que «defenderían la libertad de los mares.» En cuanto al Austria, se la felicitaba por haberse libertado de sus preocupaciones italianas ó germánicas y se la invitaba con servicial condescendencia á llevar su actividad hacia la Europa oriental, en donde no encontraría competidores ni enemigos. Había que contar con que ciertos espíritus obstinados se mostrarían rebeldes á las enseñanzas de la historia ó de la etnografía; para los tales se recurría á la estadística: «Francia, con la Argelia, tendría muy pronto 40 millones de habitantes; Alemania tenía 37; Austria, 35; Italia, 18. En esta distribución de fuerzas ¿qué había que pudiera alarmarnos?»

Al público (porque al público más que á la diplomacia se dirigía el documento) se le advertía, por otra parte, que la nueva organización se derivaba de la fuerza de los hechos y que sería preciso someterse á ella por necesidad si no se la aceptaba por libre adhesión. «Un poder universal, ¿debemos lamentarlo?, impulsa á los pueblos á reunirse en grandes aglomeraciones haciendo desaparecer los Estados secundarios.» En este punto á la apología iba mezclada cierta resignación; pero el ministro no tardaba en tranquilizarse invocando dos autoridades: en el cielo la de la Providencia que sin duda había querido encaminar de esta suerte los destinos del mundo; en la tierra, la del fundador de la dinastía napoleónica que había sembrado en el continente europeo el germen de nuevas nacionalidades. Napoleón había creado en la Península el reino de Italia; en Alemania descubriase que había abolido 253 Estados independientes; y si el gran emperador había obrado de esta suerte, ¿podía censurarse á Bismarck por haber destruído un reino, despojado á dos grandes duques, destronado á una ciudad libre y reducido una quincena de otros pequeños príncipes á la condición de vasallos? ¿Merecían estos modestos cambios el nombre de conquista?, ¿no eran más bien obra de simplificación?

En los documentos del gobierno imperial no había aberración que no entrañara algo de generosidad: esta marca generosa era el sello que Napoleón, á la vez bueno y funesto, imprimía en todo lo que tocaba. La

circular proclamaba que el verdadero equilibrio residía en las aspiraciones satisfechas de las naciones de Europa y protestaba contra la máxima envidiosa según la cual la grandeza de un país dependía de la debilitación de las potencias vecinas. El emperador se felicitaba de haber contenido la efusión de sangre, de haber moderado al vencedor y atenuado los reveses; desaprobaba toda guerra de razas y ponía por encima de todos los engrandecimientos los intereses de la civilización y del progreso. Así hablaba el soberano, y en un estilo irreprochable. Para que todo fuese extraño en el famoso despacho, interrumpíase de pronto aquellas hermosas y nobles fórmulas, y una sola línea bastaba para destruir su efecto calmante: el emperador, después de haber procurado tranquilizar al país, cambiaba de idea y, confesando implícitamente todo cuanto acababa de negar, proclamaba la urgencia de perfeccionar sin tardanza la organización de nuestro ejército. Pero este aparato belicoso aparecía sólo momentáneamente para ceder de nuevo el puesto á la nota pacífica, terminando la circular con la afirmación reiterada de que Francia nada había de temer y nada había de deplorar, pues ni había dejado escapar nada de su grandeza ni había perdido nada en la opinión del mundo. Esta seguridad no tenía más que un defecto y era el de repetirse más de lo que á la habilidad convenía, pues á fuerza de insistir en ella parecía ó que se dudaba de la credulidad del público ó que el gobierno necesitaba certificarse á sí mismo aquello que se esforzaba en dar como cierto á los demás.

¿Quién compuso esa famosa circular? Se ha afirmado que fué el mismo Napoleón, quien, habiendo mejorado de salud, había vuelto á encargarse de la dirección de los negocios; esta afirmación es verosímil porque en muchos puntos del documento se encuentra el estilo del soberano, de suerte que si no fué obra de éste es indudable que en sus líneas fundamentales fué escrito bajo su inspiración.

¿Aceptaría el país como buena aquella glorificación? El francés, «malicioso por naturaleza,» habría demostrado haber perdido el sentido crítico, si no hubiese visto todos los errores que contenía aquel exceso de contento; así es que sólo se alegraron aquellos para quienes era motivo de satisfacción toda destrucción del mundo antiguo, aun cuando cada piedra desprendida del viejo edificio hubiera de aplastar algo de Francia. La impresión general fué de tristeza, de escepticismo y de ironía. Esto no obstante, esperábase para formar criterio definitivo, el juicio de la prensa extranjera. Inglaterra se asombró de que no se la nombrara, y Austria de que se obstinaron á empujarla hacia el Oriente. En Prusia, el anuncio de nuestra reforma militar produjo el efecto de un aviso desagradable; pero, aparte de esto, el sentimiento general fué de aprobación: «La circular, se dijo, implica la desautorización de la antigua política francesa, de la política de Luis XIV, de aquella política que pretendía imponerse á Europa y mantener en último término á la Alemania fraccionada.»

El despacho de 16 de septiembre, inoportuno y casi ridículo por su imperturbable optimismo, tenía siquiera un doble mérito: el de afirmar la paz y el de destruir el vano ensueño de las *compensaciones*. A una apología pueril, en fuerza de ser insostenible, adaptábase una

conclusión bastante sensata, la de que sería imprudente y hasta temerario resistirse á los hechos consumados. Durante mucho tiempo habíanse mantenido grandes y crasos errores; pero una vez consumadas las faltas, lo peor había de ser querer repararlas inconsideradamente, y la misma política que habría sido fácil antes de la guerra y practicable todavía al día siguiente de Sadowa, sólo dificultades, desengaños y peligros podía traer consigo después de la completa consolidación de Prusia. La circular, aun bajo sus formas más triunfales, descubría á intervalos una idea resignada, y por esta resignación, sólo por ella, era razonable. Desperdiciadas todas las ocasiones, la única conducta eficaz había de ser el recogimiento, la vigilante defensa de las fronteras y un cuidado sumo en eludir los incidentes, en evitar los conflictos; en otros términos, cincuenta años de prudencia, de modestia y de moderación. Pero todas estas cosas no necesitaban disfrazarse en seis páginas de afirmaciones temerarias, sino que podían escribirse en cuatro líneas; y aun mejor hubiera sido no escribir nada y caminar silenciosamente por el estrecho sendero en donde nos habían encerrado nuestras faltas.

En aquel otoño de 1866, después de tantas emociones, consejos tumultuosos, planes discutidos, abandonados y adoptados de nuevo, la principal aspiración era el descanso. Avanzada ya la estación, la corte, según costumbre, marchó á Biarritz, y á lo que parece, la gravedad de los acontecimientos, apenas calmados, en nada disminuyó el afán de los placeres habituales: «No estamos tan serios como correspondería á personas tan respetables como nosotros,» escribía Merimée. Napoleón, que se había quedado en Saint-Cloud, llegó á su vez á la quinta imperial, y sus servidores lo encontraron no sólo muy mejorado de salud, sino además con un inesperado vigor, cosa que á todos causó viva y sincera alegría porque casi todos ellos habían recibido pruebas de su bondadosa sencillez y de su generosidad. El cólera desaparecía poco á poco, después de haber causado gran número de víctimas y proporcionado á los soberanos ocasión de demostrar su valor, porque en ellos el corazón podía más que la prudencia y en Amiéns se recuerda todavía la visita de la emperatriz en lo más

fuerte de la epidemia. Las mayores lamentaciones eran las de los labriegos, desconsolados por la escasez de las cosechas, que, en su ignorancia de lo que tan caro había de costarles más adelante, se mostraban mucho más sensibles á esta desgracia que á las complicaciones de sucesos oscuros y lejanos. En medio de aquella calma relativa, el sentimiento de un peligro, remoto todavía, pero amenazador, se delataba por una mayor solicitud para todo lo referente á la defensa nacional. Los diarios publicaban, llamando la atención sobre ellas, noticias que en otro tiempo habrían pasado inadvertidas: un día anunciaban que se había condecorado á un Sr. Chassepot, inventor de un fusil que se adoptaría para el ejército y que era, según se decía, superior al fusil prusiano; y otro día, un diario oficioso exhumaba del *Progrès du Pas-de-Calais* un artículo escrito en Ham por Luis Bonaparte en 1843, en el que el futuro emperador proponía que se aplicara al ejército francés la organización prusiana. Cuando en noviembre se trasladó la corte á Compiègne, observóse que entre los invitados figuraban los militares en número mucho mayor que de costumbre, y mientras los grandes *breaks* de los trenes imperiales conducían al bosque á los huéspedes de los soberanos, el emperador se encerraba con sus generales y discutía ansiosamente los proyectos que habían de elevar los recursos de Francia al nivel de lo que la seguridad de ésta exigía. Así terminó el año 1866. El esplendor de las fiestas y las pompas de los regocijos públicos volverían á aparecer con motivo de la Exposición universal preparada para 1867; en cuanto á la felicidad, después del tremendo golpe de Sadowa, sería preciso desgraciadamente renunciar á ella. Por aquel entonces escribía Merimée: «El emperador está preocupado por muchas cosas, cada una de las cuales aporta su contingente de dificultades: México, Alemania, el Papa, la mala cosecha y el fusil de aguja.» «Todo se ha de resolver á la vez,» añadía con cierto desaliento. De todas las empresas que debían resolverse la más urgente era la de México: á los yerros de los asuntos alemanes acumulábase ahora los yerros del Nuevo Mundo. Tócanos, al llegar á este punto, relatar los últimos días del imperio de Maximiliano.